

Cátulo Mendès, el poeta delicadísimo, tan querido y estimado en los grandes salones de París, tiene una aventura más que añadir a las muchas que forman su pintoresca historia de hombre mundano: aventura triste, desesperante, que le habrá hecho morderse los labios y apretar los puños.

Mendès, como Maupassant, como todos los novelistas psicólogos que saben descender al fondo de las almas, goza entre el bello sexo de envidiables simpatías; sus admiradoras se cuentan por millares; las deliciosas más en boga saben sus versos de memoria; por las noches, después del teatro, sobre los blandos lechos perfumados, siempre apercibidos a los asaltos del deseo que pasa, las adorables que duermen solas se despiden del día leyendo las estrofas de su poeta favorito, el poeta despertador de las sensaciones íntimas, y vaciando a pequeños sobros una copa de champagne.

¿Quién no conoce a Cátulo Mendes, alto, elegante, envuelto en su levita adornada por una flor blanca, y con su rostro hebraico, largo y pálido, y su barba que los placeres y los años van salpicando de hilillos plateados?...

Deseosa de conocerle, llegó a París una linda provinciana, ondulante y rubia como las heroinas del autor de Para leer en el convento. Se llama Matilde S. la pobre ingenua,

leyendo a Mendès se había entregado a él y rendidole su alma, y en pago de tanto bien venía a ofrecerle su belleza pura, impecable, como las imágenes que la luz pinta sobre el cristal de las fuentes. ¿Dónde hallar a Mendès?

Matilde, no bien bajó del tren en la Estación de Orleans, cogió su maletín, buscó un coche y dio al cochero las señas del editor M. Charpentier.

El coche se detuvo en la calle Grenelle y la joven echó pie a tierra. Entró en la célebre librería.

- -¿Las obras de Cátulo Mendès?
- –Sí, señorita, ¿Cuál deseaba usted?



-Todas.

Eran seis o siete volúmenes encuadernados en papel amarillo.

- –¿Conoce usted a monsieur Mendès?
- -No... no señor. Únicamente por sus libros. El deseo de conocerle personalmente me ha traído a París. ¿Tiene usted inconveniente en decirme dónde vive?

El dependiente vaciló.

-Mejor será- dijo – que vuelva usted por aquí esta tarde; ya hablaré con M. Charpentier y éste podra satisfacer, mejor que yo, su curiosidad. Charpentier y Cátulo Mendès son íntimos amigos. Cuando el afortunado editor (afortunado en negocios y en amores) supo por su dependiente de lo que se trataba, concibió la idea de atribuirse la personalidad de Cátulo.

−¿Qué importa?–pensó:–él no puede con tantas.

A las cinco en punto de la tarde Matilde S. llegaba a la rue Grenelle.

- –¿M. Mendés?
- −Sí, señora; pase usted...

La introdujeron en un despacho; la joven tomó asiento sobre un diván donde había varias revistas; pasados algunos minutos apareció Charpentier. –Señórita...

- -Caballero...
- -Ya me han repetido las frases encomiásticas que usted dijo esta mañana a

propósito de mi.



Ella se inclinó, ruborizándose, sintiendo, tal vez, en sus profundos, germinar una pequeña desilusión... Charpentier es pequeñín, grueso; tiene pelo ensortijado, la voz alegre y bronca...

−¿Y bien?– preguntó.

-Nada; he llegado esta mañana a Paris... deseaba conocerle...Tiene usted muchísimo talento...

−Y usted es una señorita encantadora...

Lo demás lo adivina el lector. Es horrible, ¿no es cierto? que los editores, amén de exprimir y explotar ampliamente el jugo cerebral de cada autor, le quiten también sus simpatías. Supongo que a estas horas Cátulo Mendès, al saber que Mlle. Matilde es joven y bonita, estará tirándose de los pelos.

¿Qué queréis? El dinero, enseña un adagio, es siempre para el banquero.

Pues los editores son como los banqueros...

L. de MONTEMAR

Publicado en la Revista Vida Galante, Año V, nº 193. 11 de julio de 1902 Fuente: Biblioteca Nacional de España. Digitalizado en el presente formato por José M. Ramos para http://www.iesxunqueira1.com/mendes/